
Federico Galende

Me dijo Miranda

(Alquimia, Santiago, 2013)

Por Macarena García Moggia

Galende me dejó leer esta novela hace casi tres años. Me dijo que la leyera con ojo de editora porque en ese tiempo yo trabajaba a veces para una editorial leyendo manuscritos anónimos y redactando informes de lectura. Lo que yo debía hacer era recomendar o no al editor la lectura de esos manuscritos, y supongo que Galende me dijo que leyera el suyo esperando que le dijera lo que le dije: que el suyo sí que lo recomendaría, sin imaginar por cierto que haberle dicho eso me tendría hoy sentada aquí, presentando este fabuloso libro que ahora se llama “Me dijo Miranda”. Porque si no recuerdo mal, no siempre se llamó así. La cosa giraba en torno a Miranda, pero no estaba entonces tan claro el “me dijo”, ese “me dijo” que da inicio a cada uno de los bloques de texto que conforman la novela, separados en esta edición

por imágenes de Gonzalo Díaz en una propuesta visual que sugiere una cierta circularidad o recursividad muy afín al estilo en que está escrita, y más aún, a la estructura que el autor decide brindarle a la historia. No siempre se llamó así, decía, recordando haber leído parte de esta historia o una elaboración previa de la misma en algún ejemplar perdido de la *Revista Extremoccidente*, cuya primera versión dirigió Federico hace varios años. “Me dijo Miranda” es una novela que probó distintas versiones, que en la medida en que fue escribiéndose fue incorporando a la historia el propio proceso de escritura y que, por lo mismo, me atrevería a decir, además de contar la historia de un personaje entrañable de apellido Miranda, se plantea como parte de una reflexión mayor sobre el trabajo de creación.

No quisiera referirme, en verdad, a las intersecciones que podrían darse entre esta novela de Federico y su libro anterior, de carácter eminentemente teórico, titulado “Modos de producción”. No quisiera hacerlo porque un avezado crítico me advirtió que era mejor no hacerlo, que no sería conveniente en esta ocasión, pero tampoco quisiera pasar por alto algo que me parece fundamental y que lo voy a decir corto y rápido, así como de entrada: “Me dijo Miranda” es una novela política en el sentido en que Federico piensa en ese libro el arte político, no como vehículo para un determinado mensaje, sino como un lenguaje que además de pensarse a sí mismo y ser capaz de traducir esa reflexión a las leyes que rigen la obra en su especificidad, se abre a lo impensado. Es en ese sentido una novela política porque además de narrar las peripecias de un personaje que se mueve tras las bambalinas del poder, en un espacio que la performance del poder oculta —Miranda es un policía que pasa de la Policía de Investigaciones a la Policía Política y de la Policía Política a la Guardia Presidencial encargada de proteger las espaldas del Presidente Salvador Allende—, ade-

más incorpora, en la estructura misma, las peripecias del trabajo de escritura, con sus padecimientos y obsesiones, ese taller en el que se mezclan la imaginación y la memoria y que el narrador de esta historia devuelve a un primer plano cada vez que repite, con la insistencia en que lo hace, “me dijo”, seguido de lo que Miranda le relatara en alguno de los periódicos encuentros que sostuvieran y que son reconstruidos en el presente de la novela de manera confusa o tan confusa como suele reconstruir la memoria todo aquello que se repite durante un tiempo un poco igual a sí mismo: tazas de té, recetas de cocina, largas caminatas de ida y vuelta por las calles de Santiago en sucesivas tardes de domingo. Ese “me dijo” en boca del narrador, se acompaña casi siempre de un recuerdo, que se enuncia así: “recuerdo”, y que nos conduce tanto a las circunstancias en que cada experiencia habría sido relatada por Miranda, como a ciertas experiencias del narrador mismo que retornan del pasado en respuesta al trabajo de elaboración que demanda la escritura. Muchas veces esos recuerdos que confluyen en la trama son lecturas, recuerdos de haber leído algo que

ilumina más o menos el sentido de las ingravidas palabras con las que Miranda narra su propia historia, la historia de un policía que por azar acaba involucrándose en carne y hueso en un acontecimiento tan crucial en nuestra Historia, esta vez con mayúsculas, como lo fue el bombardeo de la Moneda el 11 de septiembre de 1973; la historia de un policía o ex policía que se encuentra con un escritor tan dispuesto como él a recomponer un puzzle al que le faltan y le seguirán faltando demasiadas piezas. “Me dijo Miranda” es una novela que no oculta las costuras; por el contrario, se las muestra al lector continuamente. Es una novela, para decirlo de otro modo, que junto con rasgar el velo de la ficción, porque en ella se confunde lo que es real con lo que es producto de la imaginación, hace con los pedazos un paño nuevo, los va cosiendo pacientemente, afanada en ellos como se afanaba una tía abuela mía que para paliar su ansiedad y su incipiente alcoholismo dedicaba cada tarde a juntar pedazos de tela o cuadrados a crochet, los cosía uno al otro hasta lograr una especie de mantos que luego regalaba a cualquiera, no importaba a quién, no importaba tam-

poco si ese alguien, destinatario, realmente necesitaba de él. Yo guardo uno hace años, y la verdad es que me gusta mucho. Creo que el esfuerzo que hace el autor por construir unos mantos textuales semejantes lo confirma el estilo que escoge, un estilo indirecto, plagado de aposiciones, yuxtaposiciones y frases subordinadas, repetitivo a la manera de Thomas Bernhard, por ejemplo, autor del precioso epígrafe con que se abre la novela y que dice: “A veces levantamos la cabeza y creemos que tenemos que decir la verdad o la aparente verdad, y la volvemos a bajar. Eso es todo”. Un estilo en el que los decires del narrador, que dice lo que dice Miranda, se encadenan unos a otros generando un efecto de saturación que produce en el lector una especie de vértigo, la sensación de ser arrastrados sobre una superficie por una fuerza que nos parece irrefrenable. Es cierto que para avanzar sobre esta superficie hay que tener aguante, es decir, hay que saber respirar más o menos largo. Lo bueno, lo extraordinariamente bueno de esta prosa que rehúye los puntos aparte, es la fluidez continua que logra, pareja hasta que se abisma, en el silencio, cada vez que los requerimientos de

oxígeno obligan al narrador, nadador, a detenerse.

A propósito, se me ocurre pensar, y no creo con ello forzar demasiado las cosas, que el tupido entramado que define la prosa de esta novela tiene por función algo así como cuidar que las palabras no se precipiten en el vacío. Quiero decir que me da la impresión de que la forma, en esta novela, se encuentra supeditada a una especie de necesidad de mantenerse a flote, con lo cual estoy recordando una bellísima frase que Jung dirigiera a Joyce, refiriéndose a los problemas psicológicos de su hija: “allí donde usted nada —le habría dicho—, ella se hundió”. Hundirse es lo que evita el narrador de esta historia a toda costa, porque hundirse equivale a sucumbir, de cierta forma, al silencio que en el lenguaje de la memoria se convierte en olvido. Hundirse significaría dejar que emerja la pena, la pura pena sin forma, porque indudablemente lo que se cuenta, lo que relata Miranda, es muy triste, tremendamente triste porque sabemos que el desenlace no puede ser otro que la tragedia: muere Salvador Allende, Miranda debe salir al exilio y Chile entero es aplastado por diecisiete largos años de dictadura

militar. Hundirse es, a fin de cuentas, algo que no se puede evitar, por mucho que las palabras se inflen. Y eso seguro lo sabe muy bien Federico, que es hijo de psicoanalista y que alguna vez me contó —espero no cometer una infidencia al repetirlo— que su padre, cuando se enojaba, no lo retaba ni lo castigaba sino que lo sentaba frente a él a hablar, para que le explicara quizá el porqué había hecho lo que había hecho, o simplemente para que experimentara desde pequeño el vacío que produce en el estómago una conversación cuyo único destino posible es encallar en el mudez. La pregunta, en todo caso, es por qué querría Miranda hablar. Ciertamente, lo suyo no es una necesidad de testimoniar. “Me dijo Miranda” no es una novela testimonial porque en ella el valor de la verdad es secundario. Por mucho que el narrador comente en ocasiones ciertas pruebas gráficas que respaldarían los relatos de Miranda, lo que a mi juicio adquiere primacía es por un lado el encuentro entre dos sujetos, que acontece en la conversación, y por otro lado el personaje, Miranda, que más allá de un personaje real o imaginario es sobre todo un personaje literario.

Respecto de lo primero, del encuentro que acontece en la conversación, creo imposible pasar por alto la habilidad con que Galende construye la atmósfera de un verdadero diálogo. Para ello no basta con ser argentino, ni con haber leído a Juan José Saer con la fruición con que Federico lo ha leído, ni con ser probablemente uno de los mejores conversadores que he conocido. Esa atmósfera se logra únicamente, creo, a través de un narrador que sabe desplazarse y desmarcarse de la posición que le corresponde, pasar del lugar del que habla al lugar del que escucha y del lugar del que escucha al lugar del que lee. En esas múltiples posiciones entre las que el narrador de “Me dijo Miranda” se mueve, puede vislumbrarse una cierta identificación con el personaje de Miranda, un hombre cuyo talento para escabullirse de los lugares que le son asignados se prueba en su admirable capacidad de empequeñecerse y pasar desapercibido. Como Miranda, el narrador de esta novela renuncia a cualquier clase de omnipotencia. Es activo y pasivo a la vez. Activo como es activo Miranda a la hora de ponerse a trabajar compulsivamente para tapar, para esquivar el vacío que

le produce el tiempo muerto (Miranda dedicaba cada minuto libre a adelantar trabajo para las operaciones de seguridad que estaban a su cargo, tanto así que llegado un momento conserva en su oficina un verdadero archivo de las instituciones de Santiago que el Presidente podría eventualmente visitar, informes que además de incorporar una minuciosa serie fotográfica de cada lugar, exhibían planos trazados y sobretrazados en tintas de distintos colores que indicaban vías de evacuación y grados de seguridad). Pasivo, pasivo como lo es Miranda, también, a la hora de quedarse a solas con el Presidente, por ejemplo, porque no sabía de qué hablar, y entonces tenía que someterse a la insoportable densidad de un silencio incómodo, un silencio que aunque el dicharachero de Allende se esforzara en quebrantar no se iba, porque acompañaba a Miranda, casi como una especie de aura.

La pasividad de Miranda es en verdad ejemplar y está en la línea de otros grandes pasivos de la literatura como Bartleby el escribiente, por ejemplo, algunos personajes de Coetzee o el mismo Walser, el individuo real y literario a la vez, todos personajes que mediante su

pasividad construyen en torno suyo una distancia que los mantiene a resguardo del poder, una distancia en la que se juega, a fin de cuentas, su libertad, la misma distancia que Miranda establece de cara a Salvador Allende al negarse hasta el final a tratarlo de “compañero” e insistir en cambio en llamarlo “Presidente”, porque “no le parecía apropiado ni le resultaba cómodo ni lo juzgaba acorde a las jerarquías que como policía había aprendido a respetar desde muy joven. Simplemente —cito de la novela— no le parecía bien referirse así a una autoridad por cuya vida se había comprometido a velar”.

Así, mientras que Miranda se empeña en conservar esa distancia llevando el ejercicio de su deber incluso al paroxismo, el narrador de la novela, que es un sujeto, digámoslo, bastante parecido a Federico, hace de la escucha, de la es-

cucha atenta y obsesiva, una resistencia. Para no sucumbir nunca a los discursos prediseñados, se ciñe con la máxima fidelidad posible a la voz del que relata. Para no traducir a un lenguaje ideológico todo cuanto recuerda de lo que escucha de boca de Miranda, se fija con insistencia a los detalles, hasta perderse en ellos. Los detalles son la materia de la que están hechos no los sueños, sino las pesadillas, dice un pasaje de la novela. Ese pasaje me recordó otro de una novela reciente de Ricardo Piglia que dice que de detalles también está hecha la irrealidad, que son siempre detalles los que acompañan los momentos... los relatos que no se pueden aceptar.

Muchas gracias, Federico, por invitarme a presentar tu primera novela. No me queda más que incitarte a seguir nadando en estas aguas.